

JIENNENSES POR EL MUNDO. VIAJAR DE LA MANO DE LA CULTURA • CIENCIA.

HALLAZGO DE ORUGAS QUE CONSUMEN PLÁSTICO • ESTAMPAS. LA FIGURA DE

ANTONIO ALCALÁ VENCESLADA • ALIMENTACIÓN. EL SORGO Y SU BENEFICIO



LA SEMANA

DOMINGO 17 / 11 / 2024

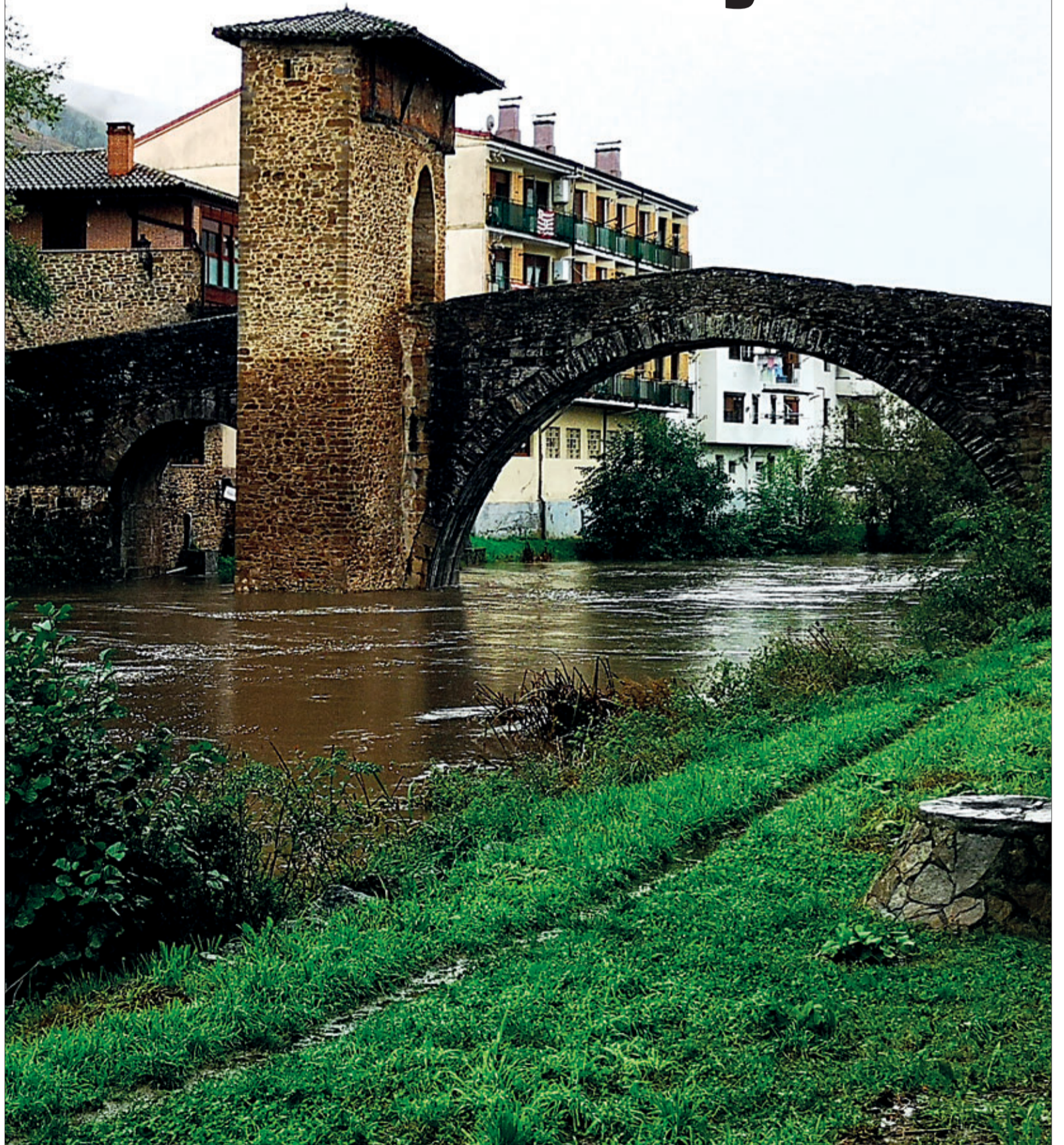
JAEÑ



“Miguel Picazo fue mi amigo del alma”

IGNACIO ORTEGA CAMPOS

# En los orígenes de la fundadora de Noalejo



Nuevos hallazgos sobre la vida privada de **Mencía de Salcedo**, la fundadora de Noalejo, nos llevan a explorar un territorio enigmático del norte de la península, las **Encartaciones de Vizcaya**

# La tenaz criada que soñó con ser señora

MANUEL AMEZCUA



El perraco salió de la bruma con exasperada desazón para husmear las rodillas del solitario visitante que se cobijaba bajo la encina sagrada. “No se asuste usted, que no hace nada”. El viejo Antón, coronado por airosa chapela, aparecía luego embutido en su húmeda gabardina y señalando con el paraguas a su curioso e inquieto Ura. “Intempestiva mañana para echar fotografías”. Comparecía ligero y con ganas de conversación, le expliqué que venía a conocer la cuna de cierta dama cortesana emparentada con los Santa Cruz, que hace cinco siglos fundó en Jaén un pequeño pueblo del que soy cronista. “Aunque vea este sitio tan pequeño, de aquí salieron honorables personajes para medio mundo”. Le aclaré que la tal Mencía de Salcedo en realidad nació en la corte portuguesa y que era su madre, Juana de Santa Cruz, la natural de estos valles. “Bueno, ya sabe usted que los vascos nacemos donde queremos”, sentenció lacónicamente.

El barrio de Santa Cruz está en un altozano del concejo de Arcentales, en la médula de las Encartaciones de Vizcaya. Una población de caseríos de estilo montaños, como el de Antón, dispersos entre lomas de fértiles pastos abrigados por bosques de pinos y robledales que miran a la cornisa cantábrica, de cuya costa le separan apenas dos leguas y media. Fecundas y honorables reses monchinas entretienen las horas rumiando el fruto de la naturaleza, ajenas al trotar de los equinos de montaña, acompasando danzas caribeñas con sus zancas peludas. Estamos en las tierras altas que habitó la estirpe materna de la fundadora de Noalejo, cuyas armas nobiliarias aún iluminan algunas viejas fachadas del valle hasta Traslosheros, que es donde la familia tenía su morada y propiedades.

“¿Ha visto usted el palacio arruinado a la salida de Llaguno? —Antón mira de soslayo hacia el camino—. Ese era de los Santa Cruz y así está desde que yo era chico, dicen que unos desalmados le pegaron fuego con la gente dentro, pero menos mal que no hubo desgracias. Recuerdo que los chiquillos brincábamos el escudo del palacio, caído junto a su entrada, hasta que unos se lo llevaron y hoy está puesto en un hotel de Laredo”. El núcleo principal de Santa Cruz se encuentra en un recodo de la carretera, en un cruce de caminos donde un panel explica a los senderistas los itinerarios que llevan a las minas abandonadas hace ya muchos años. El sendero más transitado conduce a la mina



Arriba, los fértiles prados que donde habitó la estirpe materna de Mencía de Salcedo en el valle de Arcentales. Abajo, el tronco del rebollo donde se discutían los asuntos del concejo, conservado al pie de la torre de la iglesia de San Miguel

Federico, recostada a la sombra del monte Alén, que produjo hierro y otros minerales en abundancia hasta agotar sus vetas hace medio siglo.

Una respetable ermita decimonónica dedicada a Santa Elena es el edificio más señalado del barrio. Con orgullosa espadaña y un robusto muro posterior que hoy sirve de frontón, ofrece bajo su pórtico un lugar de descanso al caminante. Dependiente de la vecina parroquia de San Miguel, el

templo tiene escasa actividad litúrgica, aunque cada año se engalana para las fiestas de septiembre dedicadas a la exaltación de la Santa Cruz. Antón dice que en otros tiempos no era así, y cuenta como los santacruzanos, que son gente astuta y obstinada, se las ingeniaron para sacarle al obispo misas los domingos y fiestas de guardar y no tener que recorrer el tortuoso camino hasta la cercana iglesia matriz. Una comisión de aldeanos alegó al prelado que una madre y sus cinco hijos se ahogaron durante una gran lluvia al intentar cruzar el arroyo sin puente que separa las aldeas. Conmovido, su Ilustrísima accedió de buen grado a sus pretensiones y, años más tarde, cuando por otro lugareño supo que la tal madre en realidad había sido una marrana con sus cinco crías a los que sorprendió la riada cuando hozaban en el arroyo seco, muerto de la risa por la ocurrencia de aquellos pícaros feligreses, les mantuvo su privilegio por el tiempo que duró su prelatura.

## El árbol que se hizo heráldica

Dejamos a Antón con sus historias infinitas para curiosear en la vecina San Miguel de Linares, que vuelca las vistas hacia el corazón de los territorios encartados. La sólida iglesia de puerta románica y acabados barrocos en sus capillas parece haber sido colocada para que el transeúnte entre de bruces en su interior, o ha de bordearla al completo si no es persona apegada a las cosas de religión para seguir su camino. Este caminante, por el capricho de ver los escudos emportados en el presbiterio, hubo de tragarse una misa de domingo. Y no me arrepentí, pues allí estaban las armas de la estirpe buscada, las cinco pane-

las de los Salcedo en souter o aspa, una forma que dicen los heráldicos proviene de la toma de Baeza a los moros, que fue un día de San Andrés, simulando así la cruz de martirio del santo. No es el único elemento que conecta las Encartaciones con tierras jiennenses, pues no fueron pocos los hidalgos del viejo señorío de Vizcaya que acudieron a batallar en las Navas de Tolosa y otras famosas incursiones en Andalucía.

Fuera del tiempo, en el muro de la torre se abre una respetable hornacina que alberga un tronco de árbol seco. “Extraño santo este que han colocado ustedes en el nicho”, le referí a la señora que cerraba con llaves de San Pedro el portón de la iglesia. “Es la rebolla del concejo, ¿no ha visto usted el letrero de por bajo?”. La venerable sacristana me contó que era el esqueleto del roble bajo el cual, en lo antiguo, se juntaban los representantes de los municipios del valle para acordar sus asuntos, que signaban sobre una enorme losa de arenisca que era trasladada por forzudos parroquianos al barrio que ostentara la titularidad del ayuntamiento. Y alguna vez, los descontentos vecinos de San Miguel, para no cambiar la sede, escondieron la piedra en el Hoyo de los Gatos. Que así de atestados eran aquellos antiguos encartados.

El árbol es tan importante en la cultura vasca que estará presente en los blasones de numerosas instituciones y familias nobles, incluida las de los Salcedo, que tanto nos interesa en este viaje. Aunque el más conocido es el árbol de Guernica, bajo el cual se celebraban las juntas generales de Vizcaya, lo cierto es que la costumbre de las merindades de disputar sus asuntos al aire libre estaba muy generalizada en todo el señorío. Y los de estos valles lo solían hacer bajo un roble o rebollo junto al atrio de la iglesia del lugar, razón por la que aún hoy se designa con el nombre de anteiglesia a los pueblos de la Tierra Llana. El viajero descenderá por el valle para buscar ahora el árbol de Avellaneda, que es el lugar donde se reunían los antiguos mancomunados, cuya torre ha sido convertida hoy en museo de las Encartaciones, que hará las delicias a quienes apetezcan adentrarse en la singular historia de estas sugestivas tierras.

El nombre de Encartaciones con el que se designa a la mancomunidad de municipios que se sitúan en el occidente del antiguo señorío de Vizcaya tiene un origen incierto, pudiendo deberse a las cartas forales suscritas con los habitantes de la zona o al territorio que sirvió de guarda para encartados o condenados



en rebeldía por delitos perseguidos por la justicia. Hoy los valles de las Encartaciones, con su capital Balmaseda, constituyen un verdadero santuario de la naturaleza y un privilegiado observatorio para la historia de los antiguos linajes que tanto importan al viajero.

#### Reencuentro con la noble cuna

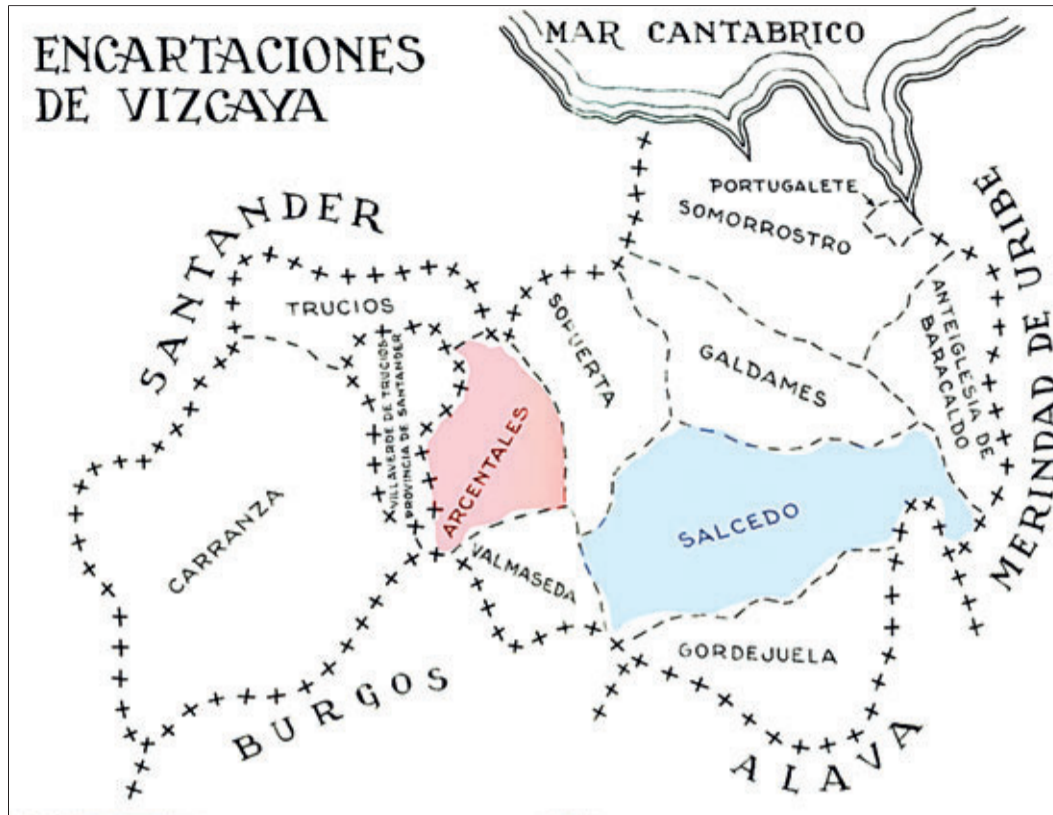
Dejamos Avellaneda para entrar en las tierras llanas del valle de Salcedo, irrigadas por la arteria del río Cadagua, en lo antiguo llamado Salcedón, abrigado por frondosos sauces, una fábrica de boinas y extrañas leyendas de embrujos y exorcismos. El raudal entra en las Encartaciones enseñoreándose bajo el puente de Balmaseda para luego danzar caprichosamente con la línea de ferrocarril y los caminos que unen los barrios y villas que se asientan a cada lado de su cauce serpenteante. Tierra fértil donde los frutales y viñedos de txakoli se abren paso entre las tupidas arboledas que dejamos al interior de la comarca. Zalla, Aranguren, Güeñes, Sodupe, La Quadra, y otros núcleos y barrios que siembran el valle y que se enorgullecen de un pasado de heroicidades, lugares donde el comercio y una incipiente industria tiene su asiento, continuando la tradición de las antiguas ferrerías que tan afamadas hicieron a estas tierras.

En tiempos imperiales, a la altura de Llantada, junto al camino real, se vio por última vez al caballero Juan de Salcedo, criado de la Emperatriz

### “TIERRA FÉRTIL DONDE LOS FRUTALES Y VIÑEDOS DE TXAKOLI SE ABREN PASO ENTRE ARBOLEDAS”

Isabel de Portugal, montado en una mula aderezada con arreglo a su dignidad, holgando plácidamente con sus parientes de Mendieta. Allí restableció viejas amistades y recorrió el itinerario de torres nobiliarias que desde la edad media sembraban los valles de las Encartaciones. Muchas de ellas aún lucían las armas de su rancio apellido: las cinco panelas sobre un árbol que hunde sus raíces en olas de agua. Hoy las seguimos viendo en edificios concejiles como el de Zalla, en numerosas casas-torre y casonas, además de en los muros de iglesias y laudas sepulcrales, como la del caballero Pedro de Bolívar en la iglesia de San Vicente de Sodupe en Güeñes. Señuelos de tiempos violentos de luchas por el territorio y hegemónicas familiares que en no pocas ocasiones llegaron a teñir de reflejos bermellón los molinos del Cadagua.

Sin duda rememoraría con sus allegados las circunstancias en que dejó el valle siendo niño. Cuando Sancho Ortiz de Urrutia le llevó al Consejo Real a querellar la muerte de un pariente del muchacho, que había sido asaeteado por el preboste de Portugalete. Allí fue acogido por su tía doña Teresa de Salcedo, criada de la reina Isabel la Católica, que terminó quedándose con él cuando quedó huérfano. El destino quiso juntar en la corte real al joven encartado con su paisana Juana de Santa Cruz. O fue más bien la tía Teresa la que hizo de casamentera y la que enseñó su oficio de lavandera real a la muchacha, que ella trans-



Mapa de las Encartaciones incluido por el investigador y político Javier de Ybarra y Berge en su estudio de la heráldica vizcaína (coloreados los valles donde habitaron los padres de Mencía de Salcedo).

mitiría a su hija Mencía. La cortesana también ganaría merced de la reina para que la joven pareja se incorporasen a la casa de la infanta Isabel de Aragón al tiempo de casar con el heredero al trono de Portugal. Y allí en Portugal quedaron sirviendo a las hijas de los Reyes Católicos, Isabel y María, hasta que la hija de esta última, la infanta Isabel, nieta de los católicos reyes, los retornara con su casa a Castilla al tiempo de sus bodas con el emperador Carlos.

Duró poco la estancia Juan de Salcedo en su tierra de origen, pues hubo de regresar a la corte de su señora, con su familia, bien aposentada en la cámara de su majestad. Pero aquella efímera visita no fue solo de cortesía, sino que sirvió al fugaz visitante para afirmar su vecindad en las Encartaciones y reclamar así ante el tribunal de hijosdalgo su estatus de nobleza. De lograrlo le libraría de pagar impuestos en Castilla, según los privilegios contemplados en los fueros de Vizcaya. Lo que no podía adivinar el vasco ahora castellanizado es que la muerte le esperaba sin concluir sus aspiraciones. Ocurrió apenas un lustro después con motivo de la epidemia de peste que se cebó con la población de Medina del Campo, donde residía la corte. Mueren los esposos y son enterrados en el desaparecido monasterio de Gracia, mientras su hija acompañaba a la Emperatriz a Tordesillas, a resguardarse del contagio junto a su suegra Juana de Castilla, por mal ofensa tildada de loca.

A Mencía de Salcedo le tocó vivir momentos de abatimiento, pues a la pérdida de sus padres se sumaría la de su señora unos años después. De la Emperatriz había obtenido diferentes juros y por su influencia había logrado hacerse de las tierras fronterizas que se disputaban los concejos de Jaén y Granada en los Entredichos de Noalejo. Pero quería más, deseaba for-



El puente viejo de Balmaseda recibe las aguas mansas del río Cadagua y al visitante que se adentra en el territorio encartado.

(Pasa a la página siguiente)

## Nómadas con la corte real

■ Juan de Salcedo y Juana de Santa Cruz, padres de Mencía de Salcedo, salieron siendo adolescentes de las Encartaciones de Vizcaya para servir en la casa de los Reyes Católicos. La reina los envió a Portugal al servicio de sus hijas en las bodas con los sucesivos herederos al trono luso. Se casaron estando en Lisboa sirviendo en la casa de la reina María de Portugal y allí tuvieron a sus dos hijos, Mencía de Salcedo y Juan Lorenzo de Salcedo, destinados desde ese momento a servir de continuo a la monarquía. La hija de los Reyes Católicos dejó en su testamento a Mencía una dote para su casamiento, que no sabemos si llevó a término. Entró en Castilla con sus padres con motivo de la boda de Isabel de Portugal con el emperador Carlos, sirviendo primero en la casa de la Emperatriz y, a su muerte, en la del príncipe Felipe. Cuando mueren sus padres consecuencia de la peste en Medina del Campo, Mencía de Salcedo va a iniciar una serie de operaciones financieras para hacerse con un territorio que los

concejos de Jaén y Granada se disputaban desde los tiempos de la frontera. Eran los llamados entredichos de Noalejo, donde ella estableció una parroquia y un monasterio para albergar la colección de reliquias que había traído de la corte y que dio lugar a una de las más sonadas ferias de ganados de las Andalucías. Compró la jurisdicción civil y criminal del lugar y, a base de pleitear con todo el que pudiera estorbarle, incluidos sus parientes de las lejanas Encartaciones, logró establecer un mayorazgo que dejó en manos de la familia Maldonado, criados como ella de la casa real, al no dejar descendencia directa. La señora de Noalejo murió en su casa palacio y fue enterrada en la parroquia que ella erigió, en una cripta donde aún se conservan sus restos, muy maltratados debido a sucesivos actos vandálicos.

La emperatriz Isabel de Portugal acompañada de una dama, en una pintura de Julius Victor Berger (fragmento).



(Viene de la página anterior)

mar villa y señorío, y para ello tenía que reclamar su condición de hidalga, que ponía fuera de toda duda su origen no enturbiado por genes de moros y judíos, cosa tan importante para una empresa como la que estaba acometiendo. La mirada a las Encartaciones no se hizo esperar, a pesar de que nunca posó allí sus plantas. Pero la idea tenía un alto precio, que le hará vivir otro momento dramático, el de enfrentarse a su propia familia. Lo hizo para reclamar los derechos de propiedad que correspondían a sus padres por herencia de sus abuelos, tanto en el valle de Salcedo como en el de Arcentales, y ahora a ella como su primogénita. Y desplegó un sólido aparato de procuradores que se desplazaron a las Encartaciones para recabar en su nombre testimonios que le favoreciesen.

**Lo que es mío, mío es**

Puesta la demanda, la primera reacción de sus primos fue de resistencia, pero cuando supieron la posición privilegiada de su ilustre pariente, todos sucumbieron accediendo a darle la parte que reclamaba para evitar la incertidumbre de un pleito que les sería sumamente gravoso. Lo que no contaba la demandante es que, aunque de ilustre cuna,

**“EN UN PLEITO MENCÍA DE SALCEDO LOGRÓ EL RECONOCIMIENTO DE SU CONDICIÓN DE HIDALGA”**

sus parientes eran en su mayor parte campesinos que labraban escasas tierras junto a las casas de sus moradas, que no eran precisamente palacios. Algunas heredades de manzanos, perales y castaños cuya tasación se estimó en apenas dos mil ducados, menos de lo que le costó la compra de la jurisdicción de Noalejo. Algunos bienes estaban incluso empeñados para costear la educación de uno de sus sobrinos, que era huérfano.

Fueron sus procuradores los que tomaron posesión de sus bienes en base a los poderes que ella les otorgó. Esto es importante porque no hay ninguna evidencia de que Mencía de Salcedo estuviese en momento alguno de su vida en las Encartaciones. Lo cual era lógico, dada la tensión que supuso este sonado pleito. De hecho, no logró monetizar sus nuevas propiedades, ya que los encartados de Zalla y Arcentales hicieron piña para no adquirir ni arrendar ninguna de ellas. Al final, Mencía de Salcedo tuvo que conformarse con aceptar que sus parientes hicieran uso de las propiedades despojadas bajo la sola condición de que las cuidaran evitando su ruina. La desafección de la ahora criada del príncipe Felipe hacia la tierra de sus orígenes parece evidente cuando estas propiedades son excluidas de las que vincula a su mayorazgo de Noalejo.

Pero en este pleito, Mencía de Salcedo logró otro objetivo que interesaba más que sus pretendidas propiedades, el reconocimiento de su condición de hidalga, algo necesario



Escudo del linaje de los Salcedo y Montañó en la fachada del ayuntamiento de Zalla, que alude a la leyenda fundacional del valle.

firmándome cada vez más en el asombro y reconocimiento hacia una mujer excepcional, un inestimable referente para la historia del vecindario jiennense si cuidamos su legado histórico y evitamos distorsionar su figura con afirmaciones especulativas y carentes de fundamento. Una mujer que pudo establecerse en las más altas cotas de la sociedad de su tiempo, pero que optó por acompañar para siempre a sus humildes labradores de su villa de Noalejo. Como así lo testimonian los maltratados huesos que tan apaciblemente yacen en la cripta de su iglesia.

En estos pensamientos andaba, saliendo ya de las Encartaciones, cuando emerge a la orilla derecha del Cadagua, absorbiendo el cielo, la imponente torre medieval de la familia Salcedo de La Quadra. Un gigante de piedra cana que surge de entre la verde espesura en una impertérrita actitud protectora de la entrada al valle. Solitaria entre dóciles caseríos, por cuyos visillos asoman ojos escrutadores, pudo sobrevivir a un incendio y hoy espera paciente su restauración. Y allí, en la fachada que da al naciente, en un delicado vano sobre un arco lobulado, aparecen esculpidos dos diminutos escudos, y en uno se aprecian las cinco panelas de sauce. Posiblemente fue también la última imagen que Juan de Salcedo se llevó como recuerdo del valle que lleva el nombre de su estirpe.

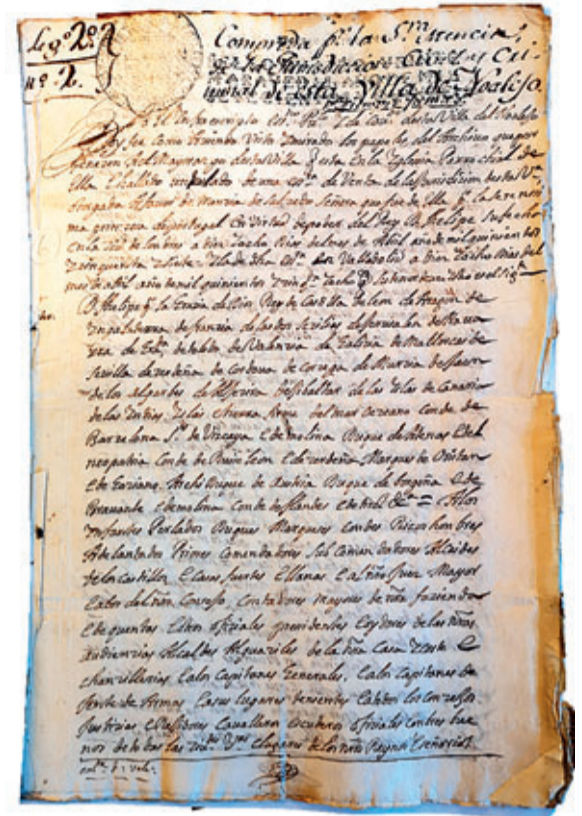
**Cómo lo hice.**- Insertar el código QR (lleva a mi blog con información complementaria sobre el contenido de este reportaje) <https://tinyurl.com/yk2mwp8y>



Pedro de Bolívar fue contino en la misma corte que Mencía de Salcedo, cuyas armas de su linaje aparecen en su lauda sepulcral en la iglesia de Sodupe.

para poder instaurar su señorío. De manera que aprovechó la información de testigos para dar continuidad al expediente de hidalguía iniciado por su padre, interrogando ampliamente sobre sus vínculos con antiguos linajes salcedanos como los Marroquines de Montehermoso, los Ayala, los Ribas, los Maruri, o los Mollinedo por parte de madre. Solares nobiliarios de los que reclama el uso de sus armas, que de hecho utilizó en la parafernalia linajuda de su flamante señorío en los Entredichos.

Abandonaba las Encartaciones con la sensación de haber hurgado en los genes de la mujer a la que he consagrado cuatro décadas de investigación. La que conocí como materia legendaria la primera vez que pisé Noalejo, hoy se me muestra en su dimensión más íntima y humana, en sus grandezas y sus debilidades. Pero rea-



Compra por Mencía de Salcedo de la jurisdicción civil y criminal de Noalejo.

**Señora de lo temporal y lo espiritual de la villa de Noalejo**

■ Hace 35 años que inicié en este periódico el serial Crónicas de Cordel con un amplio reportaje sobre la vida de Mencía de Salcedo, al que siguieron otros con detalles sobre algunos rasgos culturales que dejó en su villa de Noalejo, de la que gustaba titularse “señora de lo temporal y espiritual”. Su biografía partía del momento en que ella entra en Castilla con la corte de la Emperatriz Isabel de Portugal, en cuya casa ejerció como criada. Su pasado resultaba un enigma hasta que, con el siglo, Martínez Millán publicó varias relaciones de personal de la casa del Emperador Carlos V. Esta valiosa información permitió reconstruir los vínculos familiares de los Salcedo, hasta el punto que veinte años más tarde se describen incluso en Wikipedia. Nuevas prospecciones en archivos de España y Portugal nos permiten completar hoy la biografía de una mujer tenaz, que supo utilizar su influencia en la corte más poderosa de Europa para cumplir un sueño: convertirse en dueña de su propio señorío, que la oportunidad situó en los entredichos de Noalejo.



La torre medieval de Salcedo de La Quadra, testigo de las luchas banderizas en la Encartaciones y una de las mejores conservadas.